



# EL COMPROMISO DE LAS ORGANIZACIONES SOLIDARIAS

*Joaquín García Roca*  
Universidad de Valencia

## Resumen

En la actualidad, las organizaciones solidarias viven una profunda metamorfosis inducida por los cambios económicos, sociales y culturales, y por la transformación de los peligros, que amenazan la vida humana y socavan los viejos pilares sobre los que se han sustentado. Las transformaciones de los contextos actuales, especialmente el estatuto de la exclusión social, la emergencia de la conectividad y el desbordamiento de los sistemas que sirvieron para gestionar las necesidades; así como las tareas y funciones que van desde la acogida, la ayuda y la asistencia hasta la defensa y la cooperación exigen un nuevo relato para las organizaciones solidarias, que se sienten insatisfechas cuando son identificadas como tercer sector, entidades no gubernamentales o simplemente como organizaciones sin fin de lucro. Es necesario recrear otras identificaciones más respetuosas con la complejidad de la realidad y con las distintas formas que adquieren las organizaciones solidarias.

## Abstract

*Nowadays, solidarity organisations are going through a far-reaching transformation induced by economic, social and cultural changes and by the transformation of the dangers threatening human life and putting pressure on the old pillars that sustained it. The transformation of the current contexts, especially the statute of social exclusion, the emergence of connectivity and the collapse of the systems that used to deal with needs – as well as the tasks and functions ranging from shelter, aid and assistance to protection and cooperation – require a new story for solidarity organisations, which feel unsatisfied when they are identified as a third sector, non-governmental bodies or simply not-for-profit organisations. It is necessary to create other identifications showing greater respect for the complexity of reality and the different forms adopted by solidarity organisations.*

## 1. Introducción

Las organizaciones solidarias viven, en la actualidad, una profunda metamorfosis inducida por los cambios económicos, sociales y culturales, y por la transformación de los peligros, que amenazan la vida humana y socavan los viejos pilares sobre los que se han sustentado.

¿Qué significa el enfoque de la responsabilidad ética para recrear las organizaciones y la solidaridad? Ofrece un nuevo horizonte de expectativas y posibilidades para la acción social, a la vez que construye diques y frenos de emergencia ante los peligros y encubrimientos, que encierra la actual organización social. Y en tercer lugar aporta referencias morales para generar códigos éticos y buenas prácticas.

El horizonte, como propuso la sociología crítica, desvela el tamaño de la injusticia con la misma nitidez que se conoce una habitación oscura al acercarse al límite (Horkheimer, 198; p. 108); desde él, las organizaciones solidarias se regeneran y encuentran provisiones para activar sus potenciales. Los frenos de emergencia, que proponía Walter Benjamin al observar que el progreso producía pirámides de sacrificios, son aquellas instancias éticas que se disparan

en contacto con la inhumanidad, desactivan el pragmatismo de la acción y la deriva de las organizaciones. Pierre Bourdieu (1998), propuso contrafuegos par resistir contra la invasión neoliberal. Las buenas prácticas, que se han sustanciado en un amplio universo de declaraciones y códigos éticos señalan el nivel de conciencia ética en cada momento histórico y la capacidad de explorar los fines de la acción (Anders, 2011; t. 2, p. 359).

## 2. Contextos y dinámicas

El compromiso ético de las organizaciones solidarias atiende a los nuevos contextos y nuevas condiciones sociales y culturales que han conmovido la geografía de lo social en tres alumbramientos decisivos: la transformación de la exclusión, la lógica de la conectividad, y el desbordamiento de los sistemas.

### 2.1. La reinención de la exclusión

Las organizaciones solidarias tienen su epicentro en el mundo de las privaciones económicas, de las exclusiones sociales, de las vidas desahuciadas, que vive un triple desgarró; el desgarró estructural de un sistema excluyente, que orilla y expulsa a personas y grupos a causa de las desigualdades e injusticias. La existencia de unos contextos inhabilitantes que rompen los vínculos humanos y debilitan la afiliación y la pertenencia; y el desgarró de la *subjetividad* que golpea los dinamismos vitales de la confianza, la identidad personal, las motivaciones y la autoestima (García Roca, 1995).

Estos tres desgarró, en la actualidad, producen un triple sentimiento que es común a las familias desahuciadas de su vivienda por impago al banco, a los jóvenes desempleados que se encuentran en el límite de las relaciones sociales, a las personas que solicitan comida en un banco de alimentos: ser arrojados o expulsados por un sistema económico injusto, que les ha privado de casa, de trabajo, de comida o de expectativas, sentirse desprotegidos por un sistema político irracional, que es incapaz de garantizar los derechos básicos; y en tercer lugar vivir la impotencia ante la magnitud de sus problemas. Estas tres cualidades definen la altura y densidad de la situación actual.

Como resultado, ser excluido significa no contar para nada, no ser considerado útil a la sociedad, ser descartado de la participación y, sobre todo, sentirse sobrantes en una «fortaleza sin puentes levadizos» (Camus, 1994; p. 128). Así se sienten los habitantes de barrios desheredados, los alumnos de escolaridad fracasada, los minusválidos físicos y mentales, los inadaptados sociales, las personas inempleables, los parados de larga duración...

Por otra parte, las privaciones viven una mutación cualitativa que se ha disuelto por todo el cuerpo social y además de estar domiciliada en grupos y espacios específicos ha intensificado la vulnerabilidad de masas. «El sueño de la sociedad de clases significa que todos quieren

y deben participar en el pastel. El objetivo de la sociedad del riesgo es que todos han de ser protegidos del veneno» (Beck, 1998; p. 55).

La nueva vulnerabilidad de masas viene provocada por las convulsiones en el mundo del trabajo, por las nuevas tecnologías, por el proceso de globalización económica y por el debilitamiento del Estado social. Entre el estar de pie (zona de la integración) y el estar caído (zona de la exclusión), aparece la zona de lo vulnerable como estadio previo a la exclusión: jóvenes en busca de primer empleo, mayores expulsados de la reconversión industrial, inmigrantes venidos a la ciudad... Basta un pequeño movimiento en la zona de la vulnerabilidad para que se caiga de lleno en la exclusión (Castel, 1995; pp. 15-17).

Es esta conciencia de fortalecer la vida vulnerable lo que caracteriza un modo de ser y de convivir, de sentir y de esperar. Para las organizaciones solidarias, la vida débil y amenazada es según las palabras del premio Nobel de Literatura Le Clézio: «Siempre un gesto de alumbramiento, de irradiación, de comienzo» (Le Clézio, 2010; p. 14).

Cuando el 1 % de la población tiene lo que necesita el 99 %, el epicentro del malestar se desplaza a la desigualdad. Como lo dice el premio Nobel de Economía Joseph Stiglitz:

«La desigualdad es la causa y la consecuencia del fracaso del sistema político, y contribuye a la inestabilidad de nuestro sistema económico, lo que a su vez contribuye a aumentar la desigualdad. Es una espiral viciosa. Cuando se sacrifican los valores universales de equidad en aras de la codicia de unos pocos y el sentimiento de injusticia resulta exasperante» (2012; pp. 24-25).

O como dice el papa Francisco: «La inequidad es raíz de los males sociales» (*Exhortación Apostólica*, 24 noviembre de 2013). Invocar la desigualdad es señalar las causas estructurales de la pobreza, el malestar de la globalización y el origen de los conflictos étnicos y culturales.

Son las desigualdades locales y mundiales las que crean el malestar de la globalización, las que convierten las diferencias en conflictos, las que desplazan a 200 millones de personas en búsqueda de mejores condiciones de vida, las que corroen la vida en los barrios, las que privan de derechos civiles y políticos. Desde este nuevo epicentro, la responsabilidad social de las organizaciones, que supo afrontar con mayor o menor éxito la pobreza mediante planes de inclusión a nivel local e internacional, ahora ha de afrontar las desigualdades.

## 2.2. La lógica de la conectividad

La conectividad, que se despliega en interdependencia e interrelaciones, constituye hoy la lógica de la realidad. Por la conectividad, se han desintegrado las fronteras de los Estados-nación, para que circulen mercancías, la información y la comunicación. Es la conectividad la que vincula a las organizaciones que se consideraban autónomas y se alumbran plataformas, alianzas, redes entre las organizaciones. Del mismo modo que la aparición del cañón derribó los muros de la ciudad-Estado de la era feudal, del mismo modo las revoluciones globales de

la información y la comunicación han creado nuevos escenarios para la gobernación (Rifkin, 2004; p. 280).

En un universo altamente conectado y descentralizado, la célula madre de las organizaciones solidarias es la conexión. En un mundo de personas envueltas en contextos y tramas, que se sostiene sobre una visión sistémica y ecológica de la vida, se inauguran dinámicas de redes y la vinculación y la *autopoiesis* se convierten en sus conceptos claves (Capra, 1998; pp. 28-55).

Por falta de conectividad, crecieron organizaciones fragmentadas, que se ignoraban unas a otras; por falta de conectividad, las organizaciones se enfrentaban y competían entre ellas. Hoy, por el contrario, la conectividad constituye la nueva densidad social de las organizaciones solidarias.

Están conectados *los problemas* y los riesgos, lo local y lo global, lo nacional y transnacional, el sistema experto y el conocimiento informal, los técnicos y voluntarios, el centro y la periferia. Dejan de vivirse a través de la oposición de suma cero en la que uno de los términos gana la partida al otro, o caen víctima de un adversario invasivo y potente (Sassen, 2010; p. 476).

Están conectados los actores, que deberán actuar según la lógica del proceso de modo que los actores de emergencia trabajarán con los de la prevención, y estos con los de la restauración y todos con los de desarrollo. Lo importante será implicar a todos los actores: gobiernos locales e instituciones internacionales, el mundo de las empresas y de los comercios, agentes educativos y sanitarios, bomberos y policías, universidades y confesiones religiosas. Y hacerlo en un proceso continuo de deliberación, negociación, compromiso y consenso a partir del contexto local y de la población golpeada.

No tendrá sentido seguir planteando la relación entre técnicos asalariados y voluntarios como una relación binaria entre los poseedores de un sistema experto con relaciones jerárquicas por una parte, y ciudadanos expropiados de sus saberes y capacidades, por otra. Por la conectividad, se pueden fomentar, despertar y conjuntar las capacidades de los técnicos asalariados y las capacidades de los ciudadanos, que no solo son técnicas y formales, sino también informales, relacionales y empáticas.

La conectividad es también capaz de conciliar la asistencia con la prevención, el cuidado con la defensa, la asistencia con la reconstrucción, la ayuda con el derecho. Y de este modo, las organizaciones solidarias pueden abordar las nuevas necesidades, que aparecen siempre cruzadas y en continua interacción. Ante ellas, no sirve la autosuficiencia sino la *responsabilidad compartida*, que genera un «plus» de valor.

### 2.3. Desbordamiento de los sistemas

En segundo lugar, las organizaciones solidarias afrontan la responsabilidad ante los desbordamientos de los sistemas de atención a las necesidades. Todo es multi-escala y transfronterizo; nada hay orgánico que no sea síquico, nada es nacional que no sea regional, nada es local que no sea global. Todo está aglomerado, entramado, conectado. Todo lo que es individual

es también supraindividual, lo que es regional es también nacional, lo que es nacional es también supranacional.

Las organizaciones educativas descubren que deben abrirse a la salud; las que nacieron como organizaciones asistenciales se abren a la defensa de los derechos; las que nacieron como organizaciones locales se proyectan internacionalmente. Con el mismo ritmo que se desbordan los Estados-nación, las fronteras, las lenguas, las culturas y las religiones, que dejan de ser contenedores exclusivos y excluyentes, del mismo modo se asiste a un proceso de desbordamiento de las solidaridades.

Cuando se lucha contra la exclusión de los menores, se descubre que la exclusión estaba en la familia, en la escuela, en la calle; la exclusión no está donde están los excluidos. Cuando se afronta la drogadicción, se descubre que era un epifenómeno de una sociedad patógena; cuando se rompen los muros de la exclusión socio-laboral, se entiende que la exclusión estaba en las desigualdades. Cuando se asiste a una crisis alimentaria, se descubre que no es por falta de alimentos sino por su distribución injusta; y si se acude a los desastres naturales siempre se verá que son también sociales. Cuando se acompaña a jóvenes en conflicto con la justicia, se descubre su complicidad con los grupos de poder.

Esta situación origina respuestas sensatas e insensatas. Son insensatas aquellas que, al romper los marcos institucionales, producen desorientación en las poblaciones mediante la confusión de funciones y tareas. Las universidades construyen molinos para el regadío en el Sur, mientras los ayuntamientos crean escuelas para formar cooperantes en el Norte. Las ONG solicitan subvenciones de los presupuestos públicos, mientras las Administraciones públicas abren cuentas bancarias para recaudar dinero de los ciudadanos. Los empresarios hacen campañas navideñas para hacer felices a los niños, mientras las iglesias construyen barbacoas para promover viviendas. Los bancos promueven centros sociales y las cooperativas desarrollan microcréditos.

Hay otras respuestas más sensatas que alumbran una nueva conciencia de la interdependencia mediante el gen del desbordamiento que se despliega en sistemas coordinados, compactados, inclusivos y cooperantes. Y de este modo, se abordan los nuevos problemas como el hambre, la pobreza, los desastres ecológicos, las catástrofes naturales, el poder destructivo de la crisis, que andan deslocalizados y no se detienen ante ninguna frontera, sino que conectan a todos los habitantes del globo, dado que lo que ocurre en cualquier punto del mundo hace vulnerable al resto del sistema. Lo mismo sucede con los sujetos, han dejado de ser únicos para surgir una profunda pluralización de los mismos que establecen reconocimientos recíprocos y alianzas.

Las organizaciones superan de este modo la lógica binaria que ya no sirve en un mundo de creciente complejidad e interdependencia: no sirve «o estatal o privado»; «o profesional o voluntario», «o administrados o autorregulados». Esta lógica abocó a lo que Albert Hirschman llamó la terca mentalidad de suma cero, que acompaña siempre a la esterilidad de la acción.

La responsabilidad ética de las organizaciones se realiza más al modo de una orquesta sinfónica que como un maratón de competidores. Y de este modo, hay un plus de interacción que resulta del reconocimiento recíproco, menos obsesionada en la fuerza de la organización

que en el poder de la cooperación. Se puede contraponer la representación de la acción social y política como una batalla a muerte contra las invasiones bacteriológicas del exterior, a la representación de una batalla a favor de la vida, como se realiza en la gestación en el interior del vientre materno. El modelo de relación con la alteridad no está basado en la destrucción sino en la creatividad, en una época en la que los contornos del dentro/fuera son inexistentes o tenues (Espósito, 2002; p. 197). Importa más saber con quién se colabora que frente a quién se vive. Tiene más sentido ser para los otros, con los otros y a través de los otros que entenderse como identidad excluyente.

### 3. Procesos y dinamismos

Las organizaciones solidarias responden a estos nuevos contextos activando procesos y dinamismos.

#### 3.1. *Estar, comprender, transformar*

José Saramago relató las tareas básicas de las organizaciones solidarias tal como él las había observado en su visita a Chiapas en 1989. Se trata, decía el premio Nobel de Literatura de «simplemente estar, de ejercer la manera más simple de estar juntos, de sentir y de pensar juntos, de llorar juntos las mismas lágrimas o sonreír con la misma sonrisa». Y al estar, comprender:

«En realidad se trata de eso: de comprender. Comprender la expresión de esas miradas, la gravedad de esos rostros, la forma en que las manos del único superviviente de una masacre se colocan como alas protectoras sobre la cabeza de sus hijas, comprender esa corriente sin fin de vivos y muertos, esa sangre derramada, esa esperanza recobrada, ese silencio de quien reivindica, desde hace siglos, respeto y justicia, esta cólera contenida de quien, finalmente, ha dejado de esperar» (Saramago, 2010).

Y al comprender, transformar, lo que exige una refundación de la responsabilidad, personal y colectiva.

El compromiso primario y fundamental de las organizaciones solidarias consiste en establecer una secuencia indisoluble entre el estar, comprender y transformar en una urdimbre inseparable. Con el «estar» se afirma su necesaria inserción histórica. Como reconoce Ignacio Ellacuría desde El Salvador:

«La historización de la justicia es necesaria para no caer en concepciones abstractas que a causa de una vacía generalización, se convierten en ideologizaciones cómplices de quienes tiene el poder. Lo que está en nuestras manos es construir un orden menos injusto, pero ni podemos ni quizá debemos alcanzar la justicia perfecta e ideal... Hay necesidades objetivas que dificultan la vida humana y que pueden determinarse con objetividad, independientemente de lo que se estime que sea un orden justo ideal Se trata fundamental-

mente de acciones y no de moralismo idealizantes, que escudan la negación real con afirmaciones ideales» (1990; pp. 323-372).

Con el estar se huye de la abstracción, de la moralización, del idealismo. Como advirtió Dietrich Bonhoeffer desde el campo de concentración a su amigo: «Vosotros descubriréis una nueva relación entre el pensamiento y la acción. Solo pensaréis aquello de lo que os habréis de responsabilizar por vuestra acción» (1971; p. 91).

Con el comprender, se indica que no hay acción solidaria que no vaya acompañada del pensar y no se someta a la autoridad de la razón. Ciertamente una razón que descubre la relación necesaria de la solidaridad con la experiencia humana. Este compromiso con la razón le rescata de sus estrecheces empíricas y racionalistas. Es de mala solidaridad despreciar o ningunear la razón. Cuando la solidaridad y la razón se separan no nace nada bueno.

Con el «trasformar», las organizaciones solidarias concilian el mejoramiento social y el alivio personal con la promoción de la justicia. Si se acercan a los comedores sociales no es solo para ayudar al hambre, sino también para reducir la incidencia del hambre; si comparten el empleo con un parado no es solo para ayudar a un parado, sino para posibilitar un mundo sin desempleo; si se acercan a la cárcel es también para trabajar por un mundo sin cárceles. Y de este modo recrea la justicia como el valor central de su compromiso; una justicia que ya no está centrada en el deber ideal ni en la realización perfecta, sino que está más interesada en combatir la injusticia evitable, que en alcanzar la justicia ideal, sublevarse contra la mentira que alcanzar la verdad plena, como dice Amartya Sen en su *Idea de justicia* (2009; p. 16). El compromiso de las organizaciones solidarias es con la injusticia evitable, que permite avanzar la justicia cuando se lucha contra los desahucios, se protesta contra la falta de cobertura sanitaria universal, se repudia la corrupción, se logra incorporar a alguien al trabajo, o se rechaza la tolerancia silenciosa del hambre. Las organizaciones solidarias han comprendido que importa más eliminar una injusticia evitable y manifiesta, que enamorarse de una sociedad enteramente justa. Quien se enamora de la justicia, y en su nombre desprecia afrontar pequeñas injusticias evitables sufre una parálisis total que le lleva a la apatía política o a la inercia social.

Un capítulo esencial del compromiso por la justicia es el empeño por la igualdad a través de la redistribución. No cabe duda que el compromiso con la justicia distributiva es la finalidad esencial de los Estados modernos y de las instituciones políticas locales e internacionales; les corresponde implantar políticas redistributivas a través de impuestos progresivos, a través de sistemas de protección universales y a través de la acción afirmativa. Los Estados y sus Administraciones encontrarán más razones para proteger los bienes comunes que para fomentar ciudades del ocio o circuitos de fórmula 1. Pero el compromiso con la justicia no compete exclusivamente a las instancias políticas ni a los mercados. Las comunidades tienen un papel muy importante en lo que el politólogo de la Universidad de Yale Jakob Hacker ha identificado como predistribución. El compromiso comunitario hace que la redistribución no sea un reparto autoritario, ni una imposición desde arriba sino la realización plena de la sociabilidad humana.

### 3.2. *Acoger, acompañar y defender*

Después de largos periodos en los que se han enfatizado las prestaciones de las organizaciones solidarias, es la hora de valorar la producción de significados personales, como la pertenencia, la confianza, la identidad y el reconocimiento. Son bienes relacionales, que se producen en gratuidad y donación, proximidad y personalización; encuentros que señalan fines y valores, utopías y esperanzas. Los bienes relacionales acontecen en el encuentro mismo, en el que todos son actores que codeterminan el proceso mismo.

Acoger como compromiso de las organizaciones solidarias significa que la persona asistida lleva una historia de necesidad, de carencia, de fracaso; pero también esa misma persona lleva una riqueza humana y unas capacidades individuales que deben ser acogidas para encontrar respuestas concretas a sus necesidades. En la conjunción de ambos dinamismos se reconocen mutuamente como personas que se encuentran.

Las organizaciones solidarias convierten las carencias y necesidades en potencialidades y no esperan la solución de los problemas y la satisfacción de las necesidades de un agente externo hacia el cual se derivan sus demandas; en las organizaciones solidarias son los propios sujetos quienes se reconocen sujetos del propio desarrollo y se orientan activamente a la solución de los problemas y a la gestión de los propios riesgos. De ahí que valoren más la cooperación, la ayuda mutua y la participación que la organización jerarquizada y disciplinada.

La sola acogida no basta, es necesario el acompañamiento. No basta con dar un bocadillo si no se acompaña en el aprender a caminar con las propias piernas; en la búsqueda de trabajo e inserción social. La acogida que deja al pobre así como es, no es suficiente; pide que el pobre encuentre el camino para dejar de serlo. Pide que nadie deba tener ya necesidad de un comedor, de un alojamiento de emergencia, de un servicio de asistencia legal para ver reconocido el propio derecho a vivir y a trabajar, a ser plenamente persona. Las organizaciones muestran así que no son realidades autoreferenciales, sino que están en situación de salida.

Y esto se logra defendiendo de los obstáculos que impiden o dificultan los resultados esperados, de todo aquello que impide realizarse y alcanzar un control sobre sí mismo y sobre sus circunstancias. Defender significa ponerse de lado de quien es más débil, levantar a quienes han sufrido tanta violencia que se ha sofocado incluso el deseo de tener justicia.

Sostiene la madre de la Plaza de Mayo que «al tener noticias de que mi hijo ha desaparecido [conocer], un tigre nació dentro de mí [emocionar], y desde entonces no he hecho otra cosa que buscarle [actuar]». Es la pasión y la incumbencia haciéndose. No se puede conocer el hambre del mundo y permanecer insensible; no se puede ser sensible y permanecer inactivo; no se puede conocer el horror de una catástrofe, injusticia o desamor y mirar hacia otra parte.

La acción solidaria concilia el conocimiento, la ética y la política, con sus respectivas lógicas y dispositivos. Las organizaciones participan de la cultura del cambio social: existen porque las cosas pueden ser de distinta manera y está en nuestras manos cambiarlas y mejorarlas. Incuba acciones anticipatorias en un horizonte de transformación; inventa posibilidades que



la realidad admite, y despliega nuevas potencialidades. No intenta restaurar una comunidad orgánica ni propiciar la vuelta al orden natural ante los cambios sociales, sino que cae de parte de las oportunidades y acentúa la capacidad de transformar la realidad.

No es suficiente ayudar en una catástrofe, ni distribuir alimentos, ni rehabilitar casas. En las guerras no podemos olvidar los negocios de las armas ni la falta de prevención, ni los grupos de poder que las provocan y las sostienen. Cuando asistimos a una crisis alimentaria no se debe en muchos casos a la falta de alimentos, sino al uso de los recursos y a la distribución injusta; y si acudimos a los desastres naturales, siempre veremos que son también sociales.

Una sociedad inclusiva no se consigue solo por la incorporación de las personas en exclusión, sino por un proceso dinámico que afecta tanto a los excluidos como a los excluidos, tanto a los que se consideran integrados como a los perdedores. No se trata de que se muevan solo los excluidos, sino que deben moverse todos. El resultado de la defensa no es, únicamente, la integración de los expulsados, sino la transformación de los sujetos incluidos (García Roca, 2011; p. 125).

Cuando la geopolítica de la impotencia planea sobre el imaginario colectivo, la capacidad de transformación se enfrenta al sentimiento de impotencia y de victimación, que hace dejación de la responsabilidad. Corresponde a las organizaciones solidarias ejercer la función de vigilancia social ante el desvarío de lo público, la defensa ante lo olvidados y la presión social para que amplíe sus límites.

El malestar ciudadano y la protesta cívica han encontrado en ellas un espacio de resonancia y de canalización, de confrontación y de diálogo con las políticas sociales.

Las organizaciones solidarias tienen una responsabilidad decisiva en la creación de la subpolítica, sobre cuyos valores y actitudes se construye el edificio institucional:

«Si queremos que la globalización funcione para los miles de millones de personas para las que aún no ha funcionado, si queremos una globalización de rostro humano, entonces debemos alzar nuestras voces, no podemos, ni debemos quedarnos al margen» (Stiglitz, 2002; p. 314).

### 3.3. *Cuidar, ayudar, cooperar*

El cuidado es la matriz ética y el eje vertebrador de las organizaciones solidarias, que les sitúa junto al origen y conservación de la vida misma; sin el cuidado, la vida humana es inviable y solo se hace posible al cuidarse uno de los otros. El cuidado es más primordial que la propia racionalidad; se produce con distintas modalidades a lo largo de la vida, en todas ellas hay un componente de donación, proximidad y personalización que se produce en el interior de la familia, la parentela, la vecindad, las iglesias, las comunidades de sentido. Con la experiencia del cuidado se adquiere tempranamente la *confianza básica* (Eric Erikson), la *matriz de esperanza* (Ernst Bloch), el *coraje de vivir* (Paul Tillich), el *anclaje en la realidad* (Anthony Giddens). Y a través de él se socializan fines y valores, utopías y esperanzas, asombros y desencantos.

La solidaridad nace con la voluntad de cuidar, que resulta tanto o más importante que ser racional o productor. Como sugiere Leonardo Boff, la ética del cuidado es seguramente la más imperativa en los días actuales, dado el nivel de descuido y dejadez que planea como una amenaza sobre la biosfera y el destino humano (Boff, 2001). Desde la proximidad y lo cotidiano, hay hombres y mujeres que apuestan por el cuidado y al hacerlo están en contacto con las fuentes de la vida.

Durante la mayor parte de la vida, las personas somos receptores netos de donaciones, de modo que no hay espacio más allá de la donación. Hasta la edad adulta, en que comenzamos a efectuar aportaciones mediante el trabajo, satisfacemos nuestras necesidades de las donaciones que nos hacen las personas. El mito de la persona que se hizo a sí misma solo ha servido para apuntalar el neoliberalismo económico, pero no responde a la situación de los seres humanos. Ni siquiera permite comprender los flujos económicos, ya que la gratuidad constituye un componente ampliamente requerido por la propia economía (Razeto Migliano, 2001). Estamos siempre en el interior de flujos de donaciones, que se despliegan en sistemas familiares, educativos, sanitarios, y más allá de esos flujos no hay vida humana. Posteriormente vendrán las motivaciones altruistas de índole religiosa, ética, social y política.

Nace así el *homo socialis* que sustenta a las organizaciones solidarias frente al *homo oeconomicus*, que se mueve por el interés y el beneficio personal, mide el bienestar por los ingresos y recursos económicos y se rige por el principio de ir siempre a más y mejor. Esta centralidad produce una realidad profundamente astillada. Cuando se dice que los seres humanos son seres maximalistas, calculadores competidores, se pierden aspectos sustantivos de los seres humanos como los sentimientos altruistas, las relaciones de donación, la necesidad de participar y de tener voz, de ser querido y ser reconocido.

Hay donaciones que tienen un flujo unidireccional que dona aquello que le sobra y hay otra que origina una integración intersubjetiva, entre el donante y el receptor. En este sentido se recrea la relación de ayuda que nos hace donantes y receptores unos de otros. Lo cual solo es posible cuando se abre a la posibilidad misma del abajamiento, a renunciar a parte de los propios derechos. La relación de ayuda adquiere calidad ética cuando se ejerce «en medio», no «desde arriba ni siquiera «junto a». Lo contrario es una simple relación de poder y de dominio.

La ayuda es como una especie de célula madre que se ha ido sustanciando en distintas modalidades. En la actualidad, destaca la ayuda humanitaria en situaciones de emergencia; con frecuencia, las organizaciones «prefieren moverse en un escenario que ofrece alta visibilidad y facilita recoger fondos» (Ruffini, 1999; p. 35). Es conocido que el tiempo de la emergencia es un tiempo políticamente más interesante que el tiempo largo de la cooperación. Cuando esto se olvida, somos merecedores del reproche formulado por la población del Haití: «Están más dispuestos a enterrar a los muertos que a hacer crecer la vida». Cuando se renuncia a las emergencias, Haití queda condenado a muerte, cuando no se sabe sostener un proceso comunitario a través de políticas de cooperación y desarrollo, Haití vive una segunda destrucción. Cada vez que se separan la ayuda de emergencia y la cooperación se produce efectos colaterales dañinos, ya que se obvia la pregunta sobre el qué, el para qué y el cómo de la intervención.

Con la cooperación, las emergencias dejan de ser intervenciones puntuales, para convertirse en intervenciones sostenidas en el tiempo, ya que los procesos participativos son lentos y costosos, pero que son los únicos fecundos; requieren sosiego para realizarse a pesar de los conflictos y de la dureza de las situaciones. Solo desde ese sosiego se puede crear empatía, sentir con el otro, ponerse en la piel del otro, romper la autoreferencialidad.

Es evidente que nadie puede desatender la urgencia de un clamor que estima la inmediatez y la rápida resolución, pero es necesario favorecer el «empoderamiento», sostener la intervención desde abajo y privilegiar el protagonismo de la población. La responsabilidad social de las organizaciones solidarias intenta aunar la emergencia y la cooperación y obliga a transitar de las emergencias a los procesos e itinerarios sostenidos. La frustración de la ayuda se produce cuando no culmina en cooperación, como sucede en algunas grandes agencias internacionales, que se han convertido en simples ambulancias mundiales vinculadas a la guerra, a las carestías, a las hambrunas, a las catástrofes naturales, a dar alimentos en tiempo de crisis.

El cuidado y la ayuda se completan en la cooperación, que nace en la confluencia del dar y del recibir, de ayudar y ser ayudados, de cuidar y ser cuidados, de educar y ser educados. Con frecuencia, los dinamismos se contraponen y se excluyen mutuamente de modo que unos dan y otros reciben, unos cuidan y otros son cuidados, unos educan y otros son educados. Las organizaciones se convierten entonces en un ejercicio de poder de quien sabe frente al que no sabe y del que tiene frente al que no tiene. Cooperar consiste en hermanar el dar y el recibir; de este modo, el cuidado y la ayuda se libran de la dominación y de la humillación de la ayuda que reduce al otro a ser simple receptor y se inserta en el seno de un movimiento que se sustenta sobre la colaboración y sobre la alianza.

La raíz de la cooperación consiste en un proceso interactivo entre aquello que se ha recibido, y aquello que los otros dan. Se crea de este modo una admirable urdimbre que se resiste a fragmentar lo que está unido y se convierte en el viático para salir de la ayuda unidireccional y prepotente para reconocer que en el otro hay también capacidades, ya que como advertía Helder Cámara: «Nadie es tan rico que no pueda recibir algo ni tan pobre que no pueda dar algo». O como denunciaba Fatima Mernissi al recibir el Premio Príncipe de Asturias 2003, la actual civilización del *cowboy* se construye sobre la autosuficiencia y la autocomplacencia, incapaces de ver que el otro es portador de bienes, es una civilización que siente al otro como peligroso, se defiende con las pistolas y crea ranchos para la autodefensa de la propia identidad.

Las organizaciones solidarias tienen que pleitear contra todos los aspectos humillantes de la intervención, contra los aspectos humillantes de la burocracia y de la ayuda (Margalit, 1996; p. 14). Se humilla cuando se da por benevolencia aquello que alguien tiene derecho a recibir; cuando se condicionan a tal grado las ayudas a los excluidos que les sustraemos su capacidad de decidir: con frecuencia los excluidos tienen un orden de prioridad que no se adecúa al propio orden de preferencias ni a lo que uno entiende por necesidades básicas. Por ejemplo, se retira la ayuda si se compra un televisor o tabaco en lugar de libros para los hijos; se envía a alguien para controlar si hay algún hombre escondido bajo la cama de una madre soltera, a fin de retirarle el subsidio, o se inspecciona la casa del parado para ver si está allí o en el bar.

## 4. Zonas de contacto

Las transformaciones de los contextos actuales, especialmente el estatuto de la exclusión social, la emergencia de la conectividad y el desbordamiento de los sistemas que sirvieron para gestionar las necesidades; así como las tareas y funciones que van desde la acogida, la ayuda y la asistencia hasta la defensa y la cooperación exigen un nuevo relato para las organizaciones solidarias, que se sienten insatisfechas cuando son identificadas como tercer sector, entidades no gubernamentales o simplemente como organizaciones sin fin de lucro. Es necesario recrear otras identificaciones más respetuosas con la complejidad de la realidad y con las distintas formas que adquieren las organizaciones solidarias.

Contextos y funciones conforman una zona de contactos que generan profundas turbulencias que desestabilizan los elementos tradicionales de las organizaciones solidarias (De Sousa Santos, 2014; p. 61).

### 4.1. Turbulencias espaciales

Desestabilizan la división del espacio social entre el sector estatal, el sector mercantil y el sector solidario, que se representaban con sus límites bien establecidos, como los estados en un mapa, con distintos colores y fronteras. En las líneas que dividen a dos espacios distintos, mutuamente excluyentes, nacen las zonas de frontera para indicar la intersección entre lógicas, espacios, representaciones y funciones (Sassen, 2010; p. 475).

En la actualidad, no hay líneas que dividen de manera excluyente a los sectores, más bien hay procesos que se orientan en dirección contraria, rompen los sectores y se desbordan los límites. De modo que en las organizaciones solidarias coexisten elementos de los tres sectores tradicionales; concilian las prestaciones materiales, que se producen en contextos administrados o mercantilizados, con el ofrecimiento de sentidos para la vida, vinculados a la identidad, a los mundos vitales, a los valores.

En las zonas de frontera se cruzan las dinámicas propias de los sectores, que exigen su propia identificación y especificación y la dinámica de las conexiones, que requieren implicación mutua. La dinámica de sectores se sustenta sobre la diferenciación de actores y de competencias, lo que es un signo de modernización, la segunda sostiene sobre la pluralización de actores y la imbricación entre ellos lo que es un signo de posmodernidad; la primera dinámica establece jerarquías entre las escalas, la segunda se preocupa por la coordinación entre ellas. La primera se sustenta sobre la intervención puntual, la segunda sobre los procesos de trabajo.

La responsabilidad actual de las organizaciones consiste en señalar la imbricación entre las esferas, de modo que se interafectan mutuamente, unas veces con dinámicas de cooperación y otras de conflicto. En el mundo de la solidaridad, nada hay orgánico que no sea síquico, nada es nacional que no sea regional, nada es local que no sea global; no se puede tomar la escala como algo dado, todo está aglomerado, entramados. Todo lo que es individual es también

supraindividual, todo lo que es nacional es supranacional, todo lo que es corporal es también síquico. Todo es multiescala y transfronterizo.

En la gestión de las necesidades sociales, las organizaciones solidarias se convierten en epicentros de conexiones e integralidad. Más que un sector propio es un modo de emocionar y sentir la realidad cruzada de tramas y de marañas. Tan necesaria es la diferenciación interna como las interacciones mutuas; es justo lo que caracteriza a las zonas fronterizas: se diferencian en la medida que se necesitan.

#### *4.2. Turbulencias éticas*

Hay una segunda turbulencia en la zona de frontera, producida por el contacto entre las motivaciones, la lógica organizacional y la condición de movimiento social. Tras unos años de predominio de lo institucional, que llevó a las organizaciones solidarias a incorporar la cultura del rendimiento y de la eficacia, hoy se reincorporan las motivaciones y el movimiento social, ya que sin voluntad inconformista, transformadora y trasgresora no podrá tener éxito ninguna lucha social contra la injusticia, la opresión institucionalizada y las exclusiones (De Sousa Santos, 2014; p. 106).

Entre las organizaciones solidarias avanza la convicción de que hay una necesaria urdimbre entre las virtudes pro-sociales, que responden a códigos personales de conducta; la organización, que presta servicios de interés social y el movimiento ciudadano que promueve alternativas e imagina al mundo con otros mimbres. Con solo motivaciones, las organizaciones pertenecen al reino de las bellas almas, si solo hay organización son un simple componente del mercado de lo social y si solo se sustentan en movimiento social son un capítulo de la retórica.

Este hallazgo está llamado a producir serias turbulencias. Es necesario arraigar en motivaciones morales prosociales, que se despliegan en hábitos del corazón, aliento vital y energía interior. Son motivaciones en torno a la centralidad de la persona, al valor del cuidado y a la responsabilidad ante el sufrimiento. En su interior llamea la bondad de cada persona que cristaliza en una amplia geografía de servicios de proximidad y relaciones de ayuda. La vida cotidiana está transida de acciones a favor del otro, custodiando niños, prestando alimentos, creando redes locales e internacionales, devolviendo una ilusión, compartiendo el peso de la vida, defendiendo un derecho o cicatrizando una herida. Cuando se pierden las motivaciones prosociales, las organizaciones se deslizan hacia la simple y nuda mercantilización.

La necesaria lógica de la organización no puede entorpecer las motivaciones sino darles cumplimiento y realización concreta a través de asociaciones y organizaciones cooperantes que aspiran a gestionar recursos, a producir bienes relacionales, a garantizar la formación, la transparencia y la evaluación. La generosidad y el altruismo, la cooperación y el civismo, la donación y la magnanimidad necesitan de una base social organizada. Son organizaciones cuyo capital humano son las personas, con sus potenciales y sus iniciativas, con su creatividad y sus ilusiones, con sus habilidades y sueños; y de este modo se incorporan a la «ecología social de la sociedad post-industrial» (Drucker, 1995; p. 60).

Solo entonces las organizaciones están en condiciones de asumir elementos de los movimientos sociales que se propone transformar las relaciones injustas de poder, que causan sufrimiento e injusticia, a hacer que lo necesario se haga históricamente posible. Podrán explorar, con legitimidad, otro mundo posible y necesario, y acreditarse en la promoción de una contracultura, en la movilización social y en la defensa de los derechos de quienes no los tienen reconocidos. Son sueños diurnos que orientan hacia la acción colectiva e intentan transformar la sociedad mediante el ejercicio de la ciudadanía activa y el protagonismo social. Y de este modo, recuperan su dimensión pública, que favorece el *empoderamiento* de aquellos que están desprovistos de poder. Recuperan su dimensión militante al privilegiar a los que están peor situados y transformar sus condiciones de vida sin desplazar, a un segundo plano, el carácter conflictivo de la realidad, la situación dramática de las desigualdades y la necesidad de estrategias políticas que vayan más allá del «capitalismo compasivo» y del «asistencialismo benéfico».

### 4.3. *Turbulencias organizacionales*

Si las organizaciones solidarias son hoy espacios transfronterizos, en continua interacción con el contexto y voluntad de transformación, necesitan recrear la propia organización. Fue un éxito incorporar la cultura empresarial para producir y reproducirse como entidades que abastecen servicios y se financian e incluso se mueven por algún tipo de intercambio material o inmaterial.

Hoy el mundo de la solidaridad necesita incorporar la revolución en curso en torno a la red, que se sostiene sobre la constante y continua interacción; lo que antes se representaba aislado está ahora en contacto, se cruza y se inter-afecta. El paradigma de red expresa, en primer lugar, la interdependencia de todos los actores cuando nadie por sí solo es capaz de gestionar el flujo de intercambios e interacciones humanas. De este modo, la organización reticular nos permite entrar en un espacio global y en un tiempo simultáneo, acercar lo lejano y superar la distancia. Las unidades territoriales, definidas política y socialmente, van siendo sustituidas por redes globalmente conectadas, que no tienen confines.

En segundo lugar, la Red constata la quiebra y destitución de las organizaciones auto-suficientes, que se domiciliaron en espacios excluyentes, y anuncia la emergencia de actores plurales, con la consiguiente recreación del poder y de las responsabilidades. En consecuencia, la implicación de múltiples actores genera un «plus» de valor ya que ningún actor puede dominar todo el escenario ni determinar los resultados sino que todos tienen algún poder para influir sobre el flujo y la dirección del proceso. Ninguna tarea se podrá realizar a futuro sin plantearse con quien colabora y con quienes se está dispuesto a compartir la andadura.

En tercer lugar, la Red incorpora la categoría de proceso para interpretar los asuntos humanos, que están en permanente flujo con el entorno y expuestos continuamente al influjo de otros y a riesgos que le sobrepasan. Se propone un nuevo modelo gerencial basado en la lógica de la complejidad, que no tolera simplificaciones morales, ni construcciones maniqueas de la realidad. Las situaciones complejas requieren situarse más allá de la lógica binaria («o, o»).

Los componentes administrados le otorgan a las organizaciones solidarias la consistencia institucional, el sentido de lo público y el interés general. Sin ellos, las organizaciones se disuelven en el aire y son parte de un mercado de lo social, determinado solo por la demanda. Los componentes gerenciales le aportan una nueva sensibilidad por la eficacia y la eficiencia, por la cultura de la evaluación y del rendimiento. Y los componentes estrictamente sociales le distancian de la ingeniería tecnológica, para recuperar las relaciones interpersonales, afectivas y empáticas (García Roca, 2001).

#### *4.4. Ciudadanía, vecindad y fraternidad*

Esta compleja urdimbre hace que las organizaciones solidarias recreen la solidaridad en torno al fortalecimiento de la institución de la ciudadanía, a la promoción de una vecindad habilitante y al reconocimiento de la fraternidad. Son los tres vectores de la responsabilidad social de las organizaciones (García Roca, 2013).

Las organizaciones solidarias se acreditan como productoras de ciudadanía por la cual «cualquier persona en cualquier parte del mundo, con independencia de su ciudadanía, residencia, raza, clase, o comunidad, tiene ciertos derechos básicos que todos deben respetar y garantizar» (Sen, 2009). Producir ciudadanía es reconocer unos bienes de justicia, que pueden ser garantizados por la vía del derecho y de la autoridad, por los cuales nos reconocemos conectados unos a otros, portadores de algo común, vinculados a personas distanciadas por las religiones, por las clases, por las etnias o por las naciones. Algo que se estima porque es de todos en razón de la pertenencia a una misma humanidad.

El segundo compromiso ético de las organizaciones solidarias gira en torno a la promoción de la vecindad, de una forma solidaria de vivir juntos. La ciudadanía política que garantiza unos bienes comunes, por meritoria y necesaria que sea, no es suficiente. No se trata solo de tener bienes comunes sino de poder convertirlos en vida buena que uno valore a través de un clima social favorable para convertirse en realizaciones concretas. Es en la vida cotidiana, en el mundo de lo social donde la ciudadanía civil se convierte en capacidad para hacer lo que uno valora. Se trata del fortalecimiento de la sociedad civil, la promoción de la buena vecindad y de inteligencia colectiva o contextos habilitantes.

El tercer compromiso ético de las organizaciones solidarias es con la fraternidad, que de este modo quiere evitar que la ciudadanía política y la vecindad cívica enfermen de abstracción. La fraternidad intenta superar la trampa por la cual interesa más la vida que las personas vivientes, más la familia que las personas que viven en familia, más el bien universal que el bien concreto y particular. La fraternidad hace que la solidaridad sienta la angustia de la carne, se adueñe de sus secretos y al hacerlo deje de ser extraño para convertirse en hermano y hermana. Y de este modo, la pretensión de universalidad que es propia de los derechos humanos, se concilia con la particularidad; la construcción del tejido social se hermana con el encuentro personal y las relaciones interpersonales, y el contrato con la alianza (Cortina, 2001; pp. 168-171).

Hay una barbarie histórica que ha sido denunciada por Elena Poniatowska al recibir el Premio Cervantes 2014 en Alcalá:

«A las cinco de la mañana, ya cuando se iban, les pregunté por su nombre y uno de ellos me respondió: ‘Pues póngame nomás Juan’, no solo porque no quería singularizarse o temiera el rechazo sino porque al igual que millones de pobres, su silencio es también un silencio de siglos de olvido y de marginación».

Por la ciudadanía política, las organizaciones solidarias quedan emplazadas en la defensa de los derechos; por la fraternidad, las organizaciones recuperan el nombre, la cercanía y la proximidad más allá de las tentaciones legalistas o burocráticas. La fraternidad hace que la solidaridad quede imantada por los afectos y hace la transición desde la esfera de la idealidad y de la mera intención a la esfera de la moralidad efectiva, realizada, objetiva y real, que se despliega en el curso histórico.

## Referencias bibliográficas

- ANDERS, G. (2011): *La absolescencia del hombre*. Vol. II: *Sobre la destrucción de la vida en la época de la tercera revolución industrial*. Valencia, Pre-Textos.
- ANDERS, G. (1998): *La trama de la vida*. Barcelona, Barcelona, Anagrama.
- BECK, U. (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós.
- BOFF, L. (2001): *Ética planetaria desde el Gran Sur*. Madrid, Trotta.
- BONHOEFFER, D. (1971): *Resistencia y sumisión*. München, Kaiser Verlag.
- BOURDIEU, P. (1998): *Contre-feux. Propos pour servir à la résistance contre l'invasion néo-libérale*. París, Raisons d'Agir (trad. al castellano: Barcelona, Anagrama, 1999).
- CAMUS, A. (1994): *El primer hombre*. Barcelona, Tusquets.
- CASTEL, R. (1995): *La métamorphose de la question sociale*. París, Fayard, Paris.
- CORTINA, A. (2001): *Alianza y contrato. Política, ética, religión*. Madrid, Trotta.
- DE SOUSA SANTOS, B. (2014): *Si Dios fuese un activista de los derechos humanos*. Trotta, Madrid.
- DRUCKER, P. (1995): *La sociedad poscapitalista*. Barcelona, Apóstrofe.
- ELLACURÍA, I. y SOBRINO, J. (1990): *Conceptos fundamentales de la teología de la liberación I y II*. Madrid, Trotta.
- ESPOSITO, R. (2002): *Immunitas*. Turín, Einaudi.
- EVANGELII GAUDIUM (2013): *Exhortación apostólica*. Vaticano, Roma.



- GARCÍA ROCA, J. (1995): *Contra la exclusión social*. Santander, Sal Terrae.
- GARCÍA ROCA, J. (2001): «Ética de las profesiones sociales»; en CORTINA, A., coord.: *Diez palabras clave en Ética de las profesiones*. Estella, Verbo Divino.
- GARCÍA ROCA, J. (2011): *Espiritualidad para voluntarios. Mística de la solidaridad*. Madrid, PPC.
- GARCÍA ROCA, J. (2013): *Recrear la solidaridad en tiempos de mundialización*. México, ITESO.
- HORKHEIMER, M. (1986): «El espacio social»; en *Ocaso*. Barcelona, Anthropos.
- LE CLÉZIO, J. M. G. (2010): *El éxtasis material*. Buenos Aires, Adriana Idalgo.
- MARGALIT, A. (1996): *The Decent Society*. Cambridge, Harvard University.
- PONIATOWSKA, E. (2014): Discurso de recepción del Premio Cervantes. Disponible en: <http://www.rtve.es/alacarta/videos/premio-cervantes/discurso-integro-elena-poniatowska-recoger-premio-cervantes/2526024/> [consulta 02 de junio 2014].
- RAZETO MIGLIARO, L. (2001): *Desarrollo, transformación y perfeccionamiento de la economía en el tiempo*. Santiago de Chile, Universidad Bolivariana de Chile.
- RIFKIN, J. (2004): *El sueño europeo*. Barcelona, Paidós.
- RUFFINI, G. (1999): «Il rolo delle organizzazini non governative nell'emergenza»; en *Movimondo. Dopo la guerra*. Roma.
- SARAMAGO, J. (2010): «En Recordación de Acteal»; en *Opinión*, 19 junio. Disponible en <http://www.jornada.unam.mx/2010/06/19/opinion/a06a1cul> [consulta 31 mayo 2014].
- SASSEN, S. (2010): *Territorio, autoridad y derechos*. Buenos Aires, Katz.
- SEN, A. (2009): *La idea de la justicia*. Madrid, Taurus.
- STIGLITZ, J. E. (2012): *El precio de la desigualdad*. Madrid, Taurus.
- STIGLITZ, J. E. (2002): *El malestar en la globalización*. Madrid, Taurus.